

La Segunda

LOS GRANDES PODERES



de la

HISTORIA de CHILE

Por Gonzalo Vial

VII

La Prensa escrita

La Prensa escrita

Durante la llamada Colonia, no hubo prensa, y apenas imprentas que merecieran el nombre. Aparentemente fueron sólo dos. La de más segura existencia, la jesuita. Llegó aquí entre fines de 1747 y comienzos de 1748 —desde Europa vía Buenos Aires y la cordillera—, con los Padres Haimhausen e Illanes y su grupo de “hermanos coadyutores”, muchos de ellos bávaros. Los “hermanos” eran, en verdad, artesanos de numerosas artes aplicadas: ebanistas, relojeros, pintores, tejedores, etc. Es probable que el grupo incluyera también a los técnicos que debían operar la imprenta. Expulsada la Compañía de Jesús (1767), aquella pasó a la Real Universidad de San Felipe. Mas ni ésta, ni antes los jesuitas, parecen haberse servido de la prensa sino para trabajos esporádicos y desprovistos de importancia... los hoy “incunables”

chilenos.

De la segunda imprenta posible, que habría funcionado en la Recoleta Dominica, sólo quedan unos reglamentos internos de la Orden, de confección rudimentaria, y no hay otra noticia.

Es probable que ninguna de estas prensas hubiera podido tirar un periódico.

Hubo en la Colonia, talleres impresores todavía más modestos que los citados, v. gr. el de José Camilo Gallardo, quien quizás ocupó algunos elementos de los traídos por los jesuitas.

La Aurora de Chile

Aun antes del 18 de septiembre, cuando don Mateo de Toro era Gobernador de Chile y no cabeza de la Junta de Gobierno, ya existió preocupación entre los futuros “patriotas” por tener una imprenta capaz de tirar un periódico. Juan Egaña se lo propuso a don Mateo.

Avanzando el tiempo, y haciéndose más y más claro el rumbo independentista —y no de fidelidad a la Corona— que iban tomando los acontecimientos, se hicieron diversos esfuerzos oficiales para contar con una prensa. Todos fracasaron.

una imprenta desde los Estados Unidos, junto con tres técnicos, también norteamericanos, para manejarla. Llegaron máquina y operarios juntos, a fines de 1811. Gobernaba el Primer Congreso Nacional, y éste compró a Hoevel la imprenta en ocho mil pesos, suma bastante elevada. El sueco-norteamericano, y ahora ciudadano chileno por gracia, armó la prensa (que hoy puede admirarse en la Biblioteca Nacional), y ésta y sus operarios comenzaron a actuar para el gobierno.

Los técnicos yanquis adiestraron en el uso de la máquina a aprendices chilenos. No pudo ser más oportuna la enseñanza. Pues el 4 de julio de 1812, celebrándose en el consulado de los EE.UU. el aniversario de éstos, los técnicos, seguramente bebidos, “comenzaron a molestar a la concurrencia y se descomedieron con las señoras”. El cónsul los expulsó y ellos, enfurecidos, trabaron pendencia en la calle con la policía, que les hizo fuego. Murió uno, y los restantes fueron presos. Después, uno de los sobrevivientes volvió a su país y el otro, parece, se hizo comerciante. La imprenta ex Hoevel sería desde entonces manejada por chilenos.

Mientras tanto, ya habíamos periódico “ministerial y político”, la Aurora de Chile, cuyo prospecto o anuncio apareció el 12 de febrero de 1812, el primer número al día siguiente, y el último el 1.º de abril de 1813. Era de una sola y extensa hoja, que, doblada por el medio, proporcionaba cuatro carillas de lectura. Fue iniciativa de la Junta de Carrera, la cual contrató como director, pagándole seiscientos pesos anuales, a Camilo Henríquez.



FRAY CAMILO HENRÍQUEZ (tercero desde la izquierda), director del periódico “ministerial y político”, La Aurora de Chile, que circuló entre el 12 de febrero de 1812 y el 1 de abril de 1813.

Henríquez, valdiviano, contaba 43 años, y desde los 21 era religioso profeso de los Padres Crucíferos de la Buena Muerte en Lima, donde residía y estudiaba a partir de los 15. Camilo se vio pronto seducido por las ideas de Rousseau, Voltaire y demás filósofos liberales —anátoma para las coronas europeas, especialmente después de la Revolución Francesa (1789)—, cuyos libros ocultaba en el colchón de su celda. A causa de ello, fue tres veces investigado por el Santo Oficio. La Orden, seguramente para alejarlo de éste, lo destinó a Quito. Pero la noticia de los sucesos de Chile lo trajo aquí de vuelta, casi de inmediato. Siempre francamente independentista, escribió en tal sentido la célebre proclama de “Quirino Lemáchez” —anagrama de su nombre—, que circularía a través de copias manuscritas con motivo de elegirse el Primer Congreso Nacional (1811). De éste, Henríquez sería diputado suplente por Puchacay.

Como adelantamos, La Aurora dejó bruscamente de publicarse en 1813, reemplazándola a los cinco días El Monitor Araucano, que prolongó su existencia hasta horas antes del desastre de Rancagua y el fin de la Patria Vieja... el último ejemplar llevaría fecha 30 de septiembre de 1814. Su director: el mismo Camilo Henríquez.

¿Por qué murió La Aurora y nació El Monitor? Aparentemente, la pasión emanci-

JUAN EGAÑA, que había propuesto a don Mateo de Toro la compra de una imprenta, le observaba que ésta serviría “para uniformar la opinión pública a los principios del Gobierno”.



padora y liberal del fraile de la Buena Muerte —que ningún disimulo podía ocultar totalmente— transpiraba en sus artículos. La reclamación de los patriotas más timoratos, logró que el gobierno pusiera censura al periódico. En un comienzo, la ejercieron cuatro personajes de categoría, después, un ministro del Tribunal de Apelaciones. Finalmente, fue reemplazada totalmente La Aurora por El Monitor, según dijimos, éste mucho más oficial y oficialista. Henríquez había protestado oblicuamente contra la censura, pero siguió de director, ahora de la nueva publicación. A la verdad, la idea más común era que la prensa debía reflejar las políticas del gobierno. Juan Egaña, en su propuesta al Conde Toro que referíamos arriba, le observaba que la imprenta serviría “para uniformar la opinión pública a los principios del gobierno”.

De hecho, entonces, la libertad de imprenta, que un senadoconsulto (ley ratificada por el Senado) proclamó solemnemente en 1813, tuvo dos límites: uno expreso, la censura previa de los escritos religiosos, y otro tácito: no atacar la línea política del gobierno.

Advirtamos, eso sí, que no hubo monopolio de los medios comunicacionales. Paralelamente a La Aurora y, después, de El Monitor, circulaba el Semanario Republicano, del guatemalteco Antonio de Irisarri, muy bien escrito. Un tiempo, Henríquez colaboró asimismo con él.

Periódicos de batalla

La anarquía que siguió a OHiggins y terminó en Lircay (1823/1830), veía un alto número de periódicos de batalla, de corta duración y lenguaje brutal y desalificatorio.

No fueron los únicos que circularon. Hubo otros más dignos, en ideas y vocabulario, como El Valdiviano Federal: lo creó en 1827 José Miguel Infante para propalar sus delirios federalistas. Con intermitencias, duraría diecisiete años y 206 números. El mismo 1827 nacería El Mercurio porteño, que sigue acompañándonos. En 1829-1830, se destacó por su tono elevado el periódico, muy irregular, El Sufragante. Lo dirigía Manuel José Gandarillas, una de las grandes figuras intelectuales de la época, que después representaría al liberalismo moderado en el debate de la Carta de 1833 (fascículos segundo y tercero).

Pero el grueso de la prensa, esta época, es —como anticipábamos— efímero e insultante, a menudo canalescamente insultante. Se trata de un rasgo típico de nuestra prensa, cuando se aproximan grandes conmociones político-sociales. Lo veremos repetirse previamente a la Guerra Civil, y en 1970-1973.

Ahora, la lucha es entre los “pipiolos” (el liberalismo extremo del momento) y el grupo “estanco” de Portales. Grupo llamado así, según se sabe, porque ha tenido el estanco —vale decir, el monopolio, que el Fisco le licitará— del expendio de ese artículo, y ha fracasado comercialmente en él. Sus enemigos asignan el fracaso a manejos incorrectos; los estancieros, a la incapacidad del Gobierno para hacer que se les respete el monopolio que han adquirido. Por este problema entrarán Portales y los estancieros a la política.

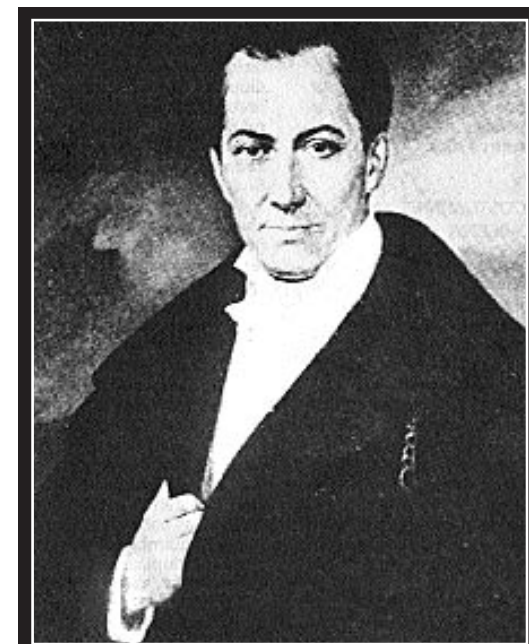
Ambos bandos se injurian con gracia, pero también soezmente, en periodiquitos creados al efecto y que mueren a los pocos números.

El más famoso es El Hambriento (1827/1828), que inspira y a veces escribe —“la parte más chistosa y más hiriente”, según Vicuña Mackenna— Diego Portales. Otros de igual orientación, El Observador de Valparaíso, El Almirante, etc.

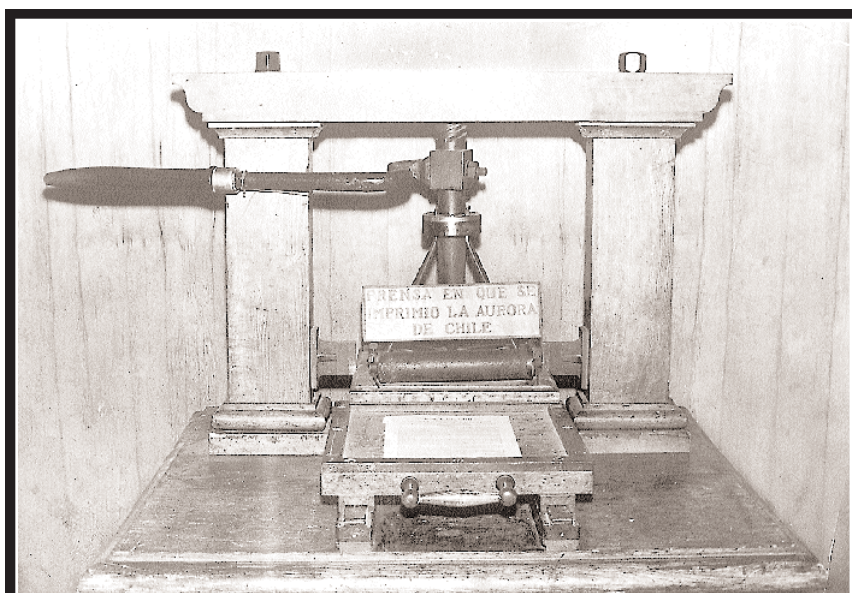
Los enemigos responden a través de El Pipiolo, El Canalla y varios más, parecidos.

Como los empresarios directos de tales periódicos no fueran modelos de rectitud ni de consistencia doctrinaria, solían —con algún estímulo— cambiar de bando a media batalla. Fue el caso de El Cura Monardes (nombre de gran atractivo, quien sabe por qué, debido a lo cual se reutilizaría varias veces, corriendo los años), nacido arduosamente liberal para luego tornarse no menos enérgicamente estanco.

Blanco Cuartín, el notable ensayista, se preguntaría: “¿Quién lee hoy El Hambriento, El Trompeta, El Timón, El Corsario...? (Nuestra prensa ha sido) teatro de las más negras diatribas... coliseo romano donde debían expirar a manos de los tigres de la calumnia y la mentira los hombres más respetables por sus virtudes... tenebroso e infernal archivo, (de) todo lo que pueden producir de más monstruoso el encono, la envidia, la maledicencia y... demás vicios que ennegrecen el corazón humano”.



DIEGO PORTALES, jefe de los “estancieros” e inspirador de “El Hambriento”. Según Vicuña Mackenna, el Ministro escribía “la parte más chistosa y más hiriente” del periódico.



La prensa traída desde Estados Unidos por el sueco nacionalizado norteamericano Mateo Arnaldo Hoevel, comprada en 1811 por el Congreso Nacional. Hoy se encuentra en la Biblioteca Nacional.

En cambio, un particular, sueco nacionalizado norteamericano y residente en Chile, Mateo Arnaldo Hoevel, trajo por su cuenta y riesgo

Los grandes diarios de la opinión liberal

Paralelamente, aparecían éstos. Uno de ellos, decíamos, subsiste hasta hoy, **El Mercurio** porteño. Su primer redactor jefe fue el brillante como excéntrico Pedro Félix Vicuña, el padre de Vicuña Mackenna. El primer editorial (12 de septiembre de 1827) era una airada catilinaria contra un marino inglés de la fragata Doris, quien diera muerte de un pistoletazo a un modesto sargento de la policía, cuando éste intentaba pacificarlo durante una reyerta en el teatro del puerto.

Desde 1848, parece, **El Mercurio** fue propiedad exclusiva del español, castellano viejo, Santos Tornero, imprentero y librero, y hombre de prensa intuitivo. Hacia 1875, se asoció con Camilo Letelier y luego le vendió su parte en el diario. Letelier duraría poco como dueño exclusivo, entrando a su vez en sociedad con un hombre más rico e importante que él, Rafael Larraín Moxó. Finalmente éste se quedó, solo, con la publicación... sería la época, breve, de un **El Mercurio** conservador, pues Larraín lo era.

Afligido económicamente, Rafael Larraín vendió el diario, el año 1879, al segundo Agustín Edwards (Edwards Ross), ya dueño del edificio donde **El Mercurio** funcionaba.

Desde entonces, y por más de un siglo, ha pertenecido ininterrumpidamente a la familia Edwards.

El diario, que comenzara localista y comercial, con pocas noticias, fue evolucionando hacia privilegiar éstas, los cables extranjeros y los comentarios políticos, amén de incluir polémicas literarias de los fecundos años 40 del siglo pasado, y de aquellos que siguieron. En diversos períodos, fueron redactores permanentes o habituales de **El Mercurio** los argentinos Sarmiento, Alberdi, Félix Frías y Demetrio Rodríguez Peña, y los chilenos José Joaquín Vallejo (el ameno y observador **Jotabeche**), José Victorino Lastarria y Benjamín Vicuña Mackenna... todos nombres famosos, política o literariamente, o por ambos conceptos, a los dos lados de la cordillera. En esos nombres y otros que se nos escapen, cifró **El Mercurio** porteño su éxito y presencia centenaria.

Empezaría a circular crecientemente en Santiago. Llegó, con Santos Tornero, a tener dos ediciones, una para la capital, voceada desde las 18 horas, y otra —llevando las noticias absolutamente últimas— para el puerto, que se lanzaba hacia la una de la mañana. Hizo factible esta hazaña la instalación de una prensa escocesa, que producía 700 ejemplares con dos horas de trabajo.



JOSE JOAQUIN VALLEJO, el ameno y observador "Jotabeche", fue una de las grandes plumas de "El Mercurio".



Ejemplar número 1 de "El Progreso" —diario comercial, político y literario—, aparecido el 10 de noviembre de 1842, que se convirtió en un periódico liberal extremo.

Pero ya Santiago comenzaba a poseer sus propios periódicos. Uno de ellos, de mucha fama y polémica, relacionado con Manuel Camilo Vial, ministro del Presidente Bulnes, y con éste y su gobierno: **El Progreso** (1842). Gozaría de una subvención fiscal, recibida indignadamente por los opositores a Bulnes. Durante algunos años, Sarmiento fue la figura clave del diario. El liberalismo de éste se acentuaría progresivamente, separándolo sin vuelta de Montt y Varas.

No obstante, la gran creación de prensa de Santiago fue **El Ferrocarril** (1855), obra de un periodista nato, Juan Pablo Urzúa. Apoyado por Antonio Varas, a su vez puntal de la Presidencia Montt, el diario respaldó firmemente a ésta. **El Ferrocarril**, leído y sobre todo visto hoy —una sábana uniforme de letra pequeña—, resulta abrumador. Pero aquel entonces se haría célebre por (dice Ricardo Donoso) "su ecuanimidad, su variedad, la seriedad de sus informaciones... (adquiriendo así) una influencia decisiva en la opinión". Pudo mostrar, igualmente, grandes redactores: Ramón Sotomayor, Justo Arteaga, Vicente Reyes, Vicuña Mackenna... Introdujo el aviso económico.

El Mercurio porteño debió restringirse a sus antiguos lares, abandonando Santiago a **El Ferrocarril**.

Allí, éste, liberal moderado, mató a **El Progreso**, liberal extremo.

Pues como su protector, Antonio Varas, **El Ferrocarril** evolucionó hacia esa clase de liberalismo.



La misma tendencia tuvo **El Mercurio** porteño, a partir de los Edwards.

Se puede decir que estas dos publicaciones —apareciendo como la esencia misma de la moderación— contribuyeron decisivamente al triunfo de las ideas liberales en la política, la cultura y la sociedad chilenas.

Justo Arteaga hablaría del diario porteño con palabras aplicables al santiaguino:

"Ha prestado y presta importantes servicios al país... es frío, calculador, como todo hombre que suma y resta demasiado... Se preocupa demasiado del viento que sopla, para permitirse dar suelta a todas sus velas. Aunque dirigido por españoles (los Tornero), no quemará jamás sus naves como Cortés... Es como un hombre que ha vivido demasiado, que ha presenciado muchos alumbramientos y muchas defunciones, que ha visto más de una verdad vencida, muer-

ta, olvidada, lo que le ha llevado a la pérdida de toda ilusión y enseñándole a contemplar la vida desnuda de todo ropaje poético, y sin que el vidrio de mil facetas de la imaginación venga a ofuscarlo. **El Mercurio** personifica, en fin, esa edad en que no hay ni pasiones que pierdan, ni vicios que avasallen, ni amores ardientes, ni odios pertinaces, ni admiraciones estrepitosas, ni censuras severas; en que se lleva la tolerancia hasta la indiferencia y la meditación hasta la

frialdad...".

Ciertamente, los trazos que anteceden son gruesos hasta la caricatura. Pero el carácter "mercurial" —aplicable a **El Ferrocarril**, muy aproximadamente— sería la clave del éxito e influencia de ambos diarios. Su escepticismo, tan antiguo, garantizaba —a juicio de los lectores— que no deformara la noticia ni llevara a la opinión por rutas que el pasionalismo hiciera extraviadas.

La prensa y las luchas religiosas

El apasionamiento, a fines del XIX, antes de la guerra civil, quedó reservado para las luchas religiosas (fascículo primero).

De parte de la Iglesia, y los conservadores, llevaron estas luchas **El Independiente**, **El Estandarte Católico** y la **Revista Católica**.

Recordemos que el primero —con Manuel José Errázuriz y Zorobabel Rodríguez— no mostró respecto del Arzobispo Valdivieso la ciega obediencia a la cual el prelado creía tener derecho. Por eso, le fundó un periódico paralelo, el segundo citado, que dirigía su sobrino, el presbítero Crescente Errázuriz, quien con el tiempo llevaría la misma mitra de Valdivieso (fascículo primero).

La **Revista Católica** era el órgano oficial de la Arquidiócesis.

El bando anticlerical tuvo, por su parte, el diario **La Ley** (1894-1910). Fue fundado como antítesis de **El Estandarte Católico**. Su orientación política era radical.

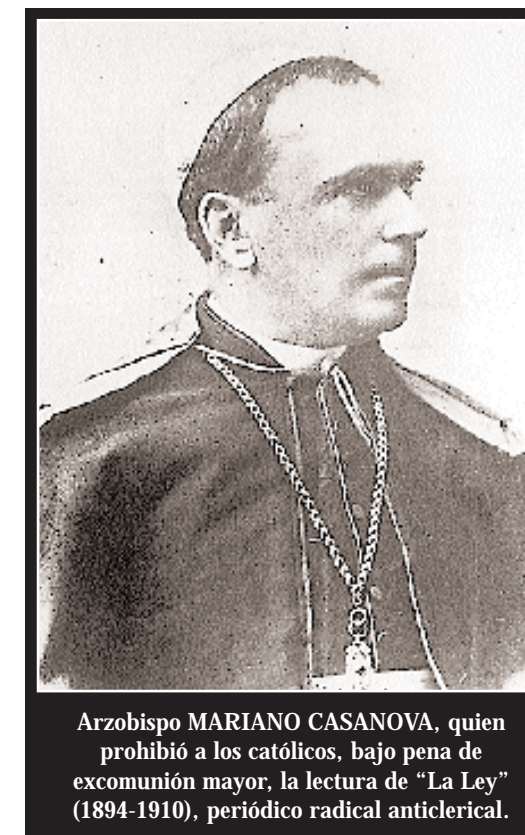
Lo dirigía Juan Agustín Palazuelo. Agnóstico, el año 71 había querido que lo casara el párroco empleando la fórmula del matrimonio de disidentes. El cura se había negado, aduciendo que Palazuelo no era "disidente", sino "hereje". Palazuelos y su novia debieron casarse en una notaría. Testigos: la flor y nata del liberalismo criollo.

En 1895, la lectura del periódico fue prohibida a los católicos por el Arzobispo Casanova, "bajo la pena de excomunión mayor ipso facto incurrenda". Respondió imprimiéndose desafiadamente, de allí hacia adelante, con tinta roja, mientras los jóvenes radicales quemaban el decreto excomulgatorio en la calle, frente al palacio episcopal.

El lenguaje de los ataques recíprocos era horripilante.

"¿Por qué el franciscano, el dominico y otros frailes muestran ese aspecto de falsa robustez y gordura excesiva que han explotado la sátira y la pintura? —se preguntaba **La Ley**—. Porque son castos, única razón...".

"¿Por qué el salesiano, el jesuita... son



Arzobispo MARIANO CASANOVA, quien prohibió a los católicos, bajo pena de excomunión mayor, la lectura de "La Ley" (1894-1910), periódico radical anticlerical.

delgados, huesudos, pálidos y contemplativos? Porque no son castos".

"El clérigo regular o secular, delgado, pálido... suave de maneras... dulce de carácter... hermano de los niños... es el ejemplar modelo del hombre que sufre desviaciones de naturaleza, por castidad forzada".

Y ahora **La Revista Católica**:

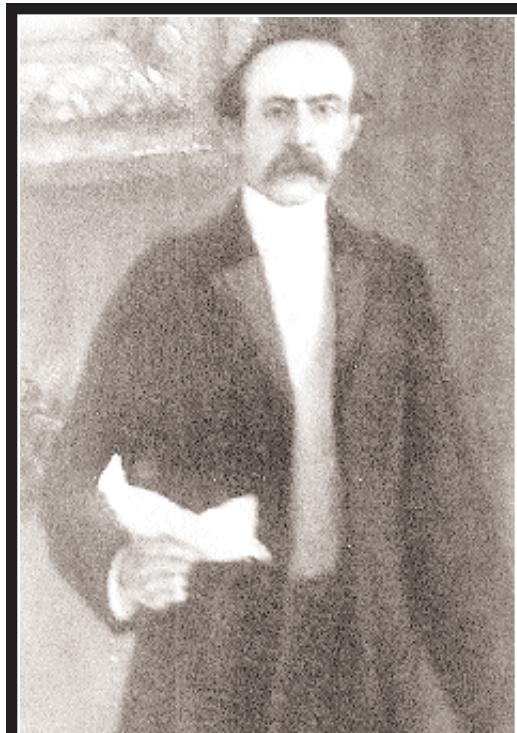
"Los clerófobos de provincia (muestran)... afán de entrometerse en asuntos eclesiásticos, como meros sacristanes... (y) grosería innata y maloliente, que trasciende a taberna...". No suelen, como el clerófobo urbano, "ocultar hipócritamente sus fines sanguinarios". "Más humildes, dejan entretener con mayor claridad esa ignorancia verdaderamente primitiva... Para tomar fuerzas, se reúnen en la trastienda de alguna cantina y allí —espiritualizados y recalentados con las libaciones y brindis... despedazan, trituran y muelen al cura, al eterno enemigo".

La Guerra Civil

Las odiosidades religiosas se proyectaron al dramático período de la guerra civil. La violenta repulsa de los conservadores contra Balmaceda, por ejemplo, derivaba de haber sido éste el brazo derecho de Santa María durante el conflicto con la Iglesia. Cuando don José Manuel se suicidó, comentaría el jefe conservador Abdón Cifuentes: “¡El Galileo (Cristo) ha vencido al apóstata (Balmaceda)!”.

“El apóstata”, el 91, cerró toda la prensa opositora, vale decir, prácticamente toda la prensa, salvo La Nación (Santiago) y El Comercio (Valparaíso), que lo secundaban. Quiso excluir a El Ferrocarril de la medida, pero Urzúa se autoclausuró. Los opositores respondieron con la prensa clandestina.

Uno de sus audaces impresores y distribuidores, siempre un paso adelante de la



JOSE MANUEL BALMaceda, quien, como Presidente en la época de la Guerra Civil, cerró toda la prensa opositora.

policía balmacedista, fue el joven Arturo Alessandri Palma. En el lado de don José Manuel hubo también, junto a la prensa establecida, feroces panfletos y panfletarios. De los primeros, destacaron Juan Rafael Allende y “Lucas Gómez”. (Rafael Kinast).

Un jefe balmacedista descrito por los panfletistas revolucionarios: “borrachín de siete suelas... hijo de un gringo jugador y usurero... no será un pozo de ciencia, pero sí un pozo de cognac, de pisco, de chibato y de lo que le echen...”.

Un jefe revolucionario descrito por los panfletistas de Balmaceda: “ebrio corrompido... heredero de rencores, desprecios y malignidades sociales, hoy desparrama sobre la sociedad la ponzoña de dos generaciones”.

El grupo periodístico que estuvo con Balmaceda fue casi íntegro de clase media. Inauguró un estilo de crítica social y resentimiento antioligárquicos, que se prolongaría en el siglo XX.

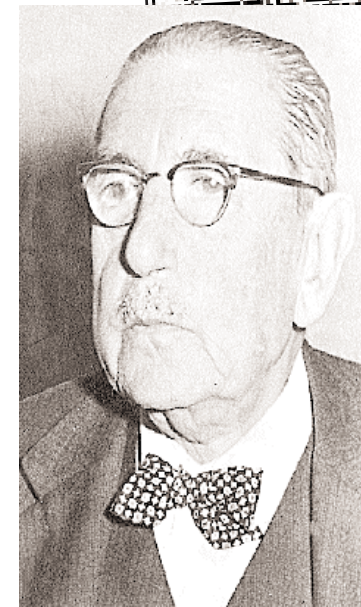
primero (1927/1931). Pero permitió a Silva y Maluenda ser ibañistas resueltos, y comprometer en esa postura a **El Mercurio**.

Edwards fundó numerosos diarios —**El Mercurio** santiaguino (1902), **Las Últimas Noticias**, **La Segunda**, **El Mercurio de Antofagasta**, **La Estrella** (Valparaíso)— y varias revistas importantes: **Selecta** (arte), **Zig-Zag**, **Correvuela**, **El Peneca**, **Sucesos**, **Familia**, etc. Luego las revistas tomaron camino propio, pero los periódicos formarían la “cadena **El Mercurio**”, de fuerte influjo sobre la vida nacional en el siglo XX.

Mientras tanto, aparecían dos nuevos diarios de importancia:

—La Arquidiócesis de Santiago fundó **El Diario Ilustrado** (1902), y lo entregó a la gestión económica y política de personeros conservadores. Estos se mantuvieron fieles a la Iglesia en los principios, pero reivindicaron amplia libertad para abordar lo contingente. Fiel a su nombre, la publicación fue pionera en el uso de la fotografía y el dibujo como complementarios de la información. El primer director sería Ricardo Salas, y entre quienes lo siguieron destacaron Misael Correa y Luis A. Silva, Premio Nacional de Periodismo.

Tuvo **El Diario Ilustrado** períodos de extremo apasionamiento político. Así, contra Arturo Alessandri durante su primera presi-



Primeras fotos en un periódico, publicadas en “El Diario Ilustrado” en 1902. Uno de sus destacados directores fue Luis A. Silva.



Primera fotografía en Diario, 31 de marzo 1902

dencia, y a favor del mismo en la segunda; contra la “dictadura” de Ibáñez, y contra el Frente Popular y la presidencia Aguirre Cerda.

El Diario Ilustrado murió a fines de los 60, con el desaparecimiento político de la derecha liberal/conservadora.

—Varios prohombres liberales crearon el año 1917 **La Nación**, que llegó a ser propiedad de uno solo entre ellos: Eliodoro



ELIODORO YÁÑEZ, creador y primer propietario de “La Nación”; CARLOS DAVILA, director en los primeros años, y JOAQUÍN EDWARDS BELLO, uno de los principales miembros del equipo de redactores del diario.

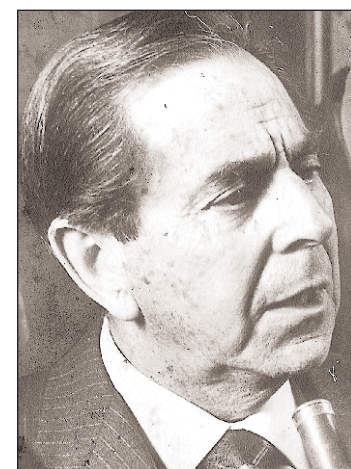
Yáñez, ministro, senador, diplomático y frustrado candidato presidencial en 1915. No perdió con este fracaso la ambición por alcanzar La Moneda, y concebía el diario como vehículo de esa ambición.

Pues rápidamente el periódico alcanzó tiraje e influencia relevantes, sobre todo en la clase media. Yáñez lo orientaba con maestría, pero dejando mucha libertad a su director, Carlos Dávila, periodista autoformado, que después, en nuestra breve época socialista (junio a octubre de 1932), sería “Presidente Provisional de la República”. El equipo de redactores de **La Nación** fue espectacular, comprendidos Joaquín Edwards Bello, el humorista Raúl Simón, Conrado Ríos, Alvaro Yáñez (“Juan Emar”, hijo de don Eliodoro) y dos periodistas más tarde famosos: Hugo Silva y Aníbal Jara.

El año 1927, una oscura maniobra de Pablo Ramírez, Ministro de Hacienda, que contó con el beneplácito del Presidente Ibáñez, y de la cual fue instrumento Dávila, arrebató el diario a su legítimo dueño —presionándolo—, para hacerlo fiscal. Perdió entonces su independencia y, por tanto, su credibilidad e influjo sobre la opinión pública.

Desde 1950 aparece **La Tercera de la**

Hora, matutino tabloide dirigido a sectores predominantemente de clase media, enfatizando la agilidad de estilo y la crónica más que la opinión. Su creador fue el empresario y político radical Germán Picó. Hoy el diario, de otros dueños, es cabeza de una poderosa cadena, que



GERMÁN PICO, empresario y político radical, creador de “La Tercera de la Hora”.

compite con la de **El Mercurio** en extensión e influencia, pero se abanderiza mucho menos. Los diarios Edwards, de su parte, sin sacrificar la amplitud de la información, han tomado actitudes más de batalla a partir de los años 50. Por ejemplo, contra Ibáñez (segunda presidencia); a favor de Frei Montalva, durante la elección del 64 y el primer tiempo del gobierno demócratacristiano; y especialmente combatiendo a Salvador Allende y la Unidad Popular (1970-1973).

Renovación de la prensa chilena

A comienzos del siglo XX se produce la total renovación periodística y técnica de nuestros medios de comunicación.

El hombre clave es el tercer Agustín Edwards (Edwards Mac Clure), ministro, diplomático y frustrado aspirante a la Presidencia de la República en 1910 (“No lo apoyaré ni votaré por Ud. —le dijo entonces un político radical, cuyo respaldo solicitaba—, porque Ud. tiene dos defectos, aunque defectos encantadores: es demasiado joven y es demasiado rico”).

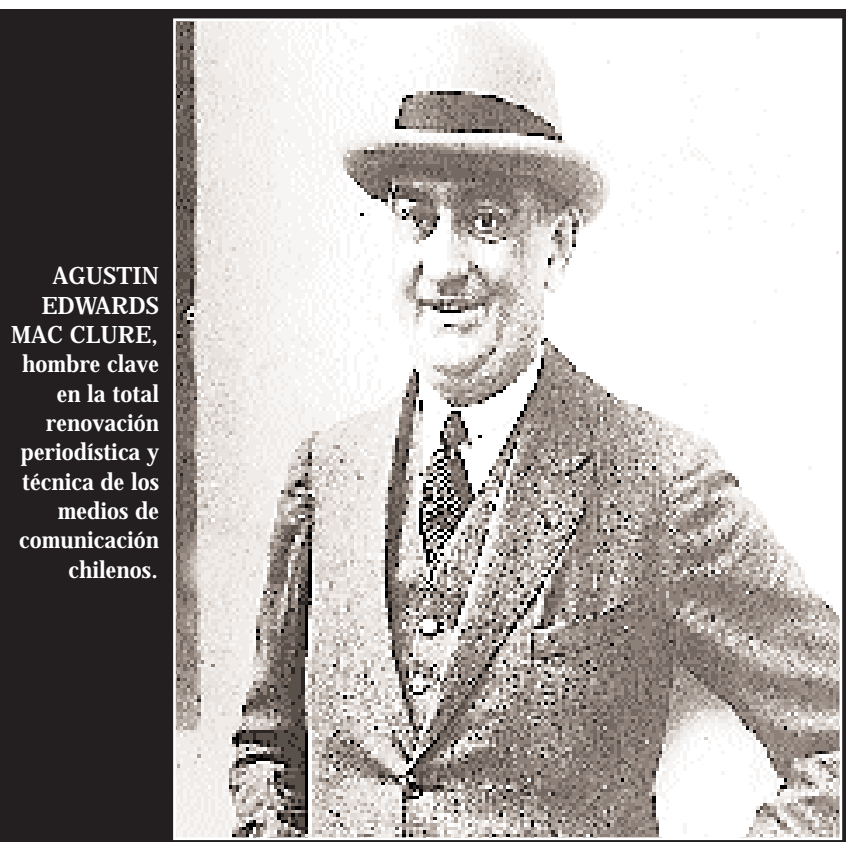
Edwards fue también un sagaz hombre de negocios. Salvó la trastabillante fortuna familiar, abandonando los negocios agrícolas para concentrarse en la banca y el periodismo. Pero éste era su verdadera vocación. Amaba y entendía la maquinaria de imprenta, podía pasarse las noches “de claro en claro” para solucionar con sus propias manos algún problema técnico de ella. Se rodeó de periodistas brillantes... Carlos Silva



CARLOS SILVA VILDOSOLA, JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS y RAFAEL MALUENDA, brillantes periodistas de “El Mercurio”.



Vildósola, Joaquín Díaz Garcés (Angel Pino), Rafael Maluenda, Alberto Edwards, Fernando Santiván, Augusto y Luis Orrego, y les dio una amplitud de acción casi inhumana. Ejemplo: Agustín Edwards fue perseguido con fanatismo por Ibáñez y su Ministro de Hacienda, Pablo Ramírez, durante la presidencia del



AGUSTÍN EDWARDS MAC CLURE, hombre clave en la total renovación periodística y técnica de los medios de comunicación chilenos.

Prensa popular. Las revistas posicionadas

Desde fines del XIX existió una prensa popular —anarquista, socialista y comunista—, asociada a los sindicatos revolucionarios y a los partidos de origen obrero.

De aparición irregular, mal papel, pobremente impresa (en máquinas propias), escasas páginas y reducido formato, su tiraje era mínimo. Combinaban estas publicaciones las noticias políticas, sociales y sindicales —enfocadas muy intencionadamente— con artículos doctrinarios. Muy perseguidas por la policía política, a menudo sus modestas imprentas fueron destruidas (“empasteladas”) con total impunidad. Aparentemente carecían de importancia, pero la tuvieron para formar una mentalidad reivindicativa y de combate en la masa obrera.

El *Despertar de los Trabajadores*, de Iquique, donde Recabarren escribió y actuó de impresor, es un ejemplo caracterizado. También los periódicos comunistas de la FOCh (Federación Obrera de Chile), el brazo sindical del Partido, especialmente el diario *Justicia*, Santiago (aniquilado por la persecución de Ibáñez en 1927), que llegó a marcar una circulación de miles de ejemplares.

Los católicos tuvieron asimismo su prensa popular... los diarios *El Chileno*, en Santiago y Valparaíso. Alcanzaron enorme tiraje por su estilo simple y directo, crónica varia —incluso, con destaque, la policial— y bajo precio. Este les valió ser llamados “los diarios de las cocineras”.

Modernamente, el comunismo publicó *El Siglo*, desde 1940, y los años 60 —en un estilo agresivo y descalificatorio, propio de la época— *Puro Chile*; y el socialismo el vespertino *Las Noticias de Última Hora*, a partir de 1943, de ágil y apasionado estilo y alta circulación. Esta prensa de izquierda desapareció con el golpe militar, robusteciendo el predominio de las cadenas de diarios ya mencionadas. *El Siglo* reapareció concluido el régimen militar. También desapareció en 1973 *El Clarín*, fundado los años 50 por un brillante pero inescrupuloso periodista y empresario de prensa, Darío Sainte Marie (*Volpone*), quien contribuyó como pocos al encanallamiento del lenguaje en los diarios, los años 60.



DARÍO SAINTE MARIE “Volpone”, quien contribuyó como pocos al encanallamiento del lenguaje en los diarios, durante los años 60.

Por último —a veces casi desconocidas entre el gran público—, han tenido sin embargo considerable peso de opinión, e influencia a mediano o largo plazo, las revistas de pensamiento político, o claramente “posicionadas” en esta misma área. V.gr., *Consigna* (1934/1949) y *Arauco* (1959/1967), socialistas; *Principios* (1939/1973), comunista; *Punto Final* (años 60, reaparecida en 1990), del MIR; *Estudios*, de Jaime Eyzaguirre (hispanista, y socialcristiana pero apolítica, años 30 a 50); *Política y Espíritu* (democratacristiana, años 40 a 60); *Portada y Qué Pasa*, años 60 adelante, etc., etc.

Omitimos referirnos a las radios y la TV, por cuanto, amén de haber exigido ellas solas un espacio igual o mayor que el de todo este artículo, no han tenido, salvo excepciones, una postura ni finalidades políticas, ni siquiera amplias; han constituido (sin ánimo de crítica ni desmedro) únicamente negocios, aunque su influencia sobre la vida y costumbres —una parte de la cultura— haya sido y sea hoy muy grande, mayor que la de la prensa escrita; en ese sentido, son también “poderes”.



“El Chileno”, periódico católico popular que fue llamado “el diario de las cocineras”

PROXIMO VIERNES 10:
LOS GRANDES PODERES DE LA HISTORIA DE CHILE

CAPITULO VIII LOS GREMIOS